

## Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Quizás los sacerdotes no le agradecemos lo suficiente a la gente de nuestras parroquias. En la misa ayudan como ujieres, ministros de bienvenida, lectores, ministros de la comunión, músicos, sacristanes, decoradores y monaguillos. Todos ustedes contribuyen a la colecta para ayudarnos a pagar salarios, facturas y deudas. Durante la semana pasan tiempo dedicándose a la oración individualmente y en familia. Ustedes ayudan a su prójimo cuando tiene necesidad. Todas estas acciones le dan integridad al cuerpo de Cristo cuando nos reunimos en la iglesia para adorar a Dios. Probablemente nosotros los sacerdotes no les agradecemos lo suficiente por lo que son y lo que hacen cuando se sacrifican por el bien de la iglesia.

A veces todos solo nos sacrificamos por nosotros mismos. Desarrollamos habilidades y trabajamos duro para sobresalir. Sin embargo, ayudamos a las personas que amamos sin esperar mucho a cambio. Lo hacemos porque los amamos, no porque queremos su agradecimiento. No obstante, las palabras de agradecimiento significan mucho, y animan a la gente a dar nuevamente.

Si te estás sacrificando por alguien que no agradece, es difícil continuar sacrificándote. En el matrimonio, por ejemplo, si una persona siente que está dando el ciento diez por ciento a la familia, y que la otra no da lo mismo y no aprecia el esfuerzo, el resentimiento crecerá. El sacrificio y la acción de dar las gracias son los alimentos que nutren las relaciones humanas. Una acción anima a la otra. Y, por supuesto, creemos que nutren nuestra relación con Dios. En la misa celebramos el sacrificio que Cristo hizo por amor a nosotros, y por ese regalo le damos gracias.

El salmo responsorial de hoy va directo al grano. En respuesta a la pregunta: “¿Cómo le pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?” Cantamos, “levantaré el cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor ...”. El salmo 115 es conocido para muchos católicos porque cantamos estos mismos versículos todos los años el Jueves Santo en la Misa de la Cena del Señor. Los repetimos hoy en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, un día aún conocido por su antiguo título en latín, Corpus Christi. Especialmente el Jueves Santo y hoy, estos versículos nos recuerdan el sacrificio que Cristo hizo. Él derramó su sangre no para sobresalir, sino por nosotros. Muchas veces en su vida, mientras cantaba los salmos, Jesús oró en la misma línea que escuchamos hoy: “Te ofreceré con gratitud un sacrificio”. “La copa de la salvación levantaré”. Jesús alzó una copa física en la Última Cena. El Viernes Santo, los soldados levantaron su cuerpo ensangrentado en la cruz, como si Jesús mismo fuera la copa de la salvación alzada.

Las gracias que damos no tienen que ser tan dramáticas, pero deben estar llenas del mismo amor. La respuesta apropiada a un acto de amor es otro acto de amor. Si alguien se está esforzando por mejorar tu vida, lo más apropiado es que también tu trates de mejorar la vida de esa persona. Lo menos que podemos dar es una palabra de agradecimiento.

Entonces, por si soy culpable de la misma omisión, permítanme agradecerles a todos ustedes por alimentar el don de su fe, por hacer el esfuerzo de venir aquí a adorar, por cantar alabanzas a Dios tan armoniosamente, por amar a sus familias, y por hacer de nuestra sociedad un lugar mejor. Sus virtudes le dan corazón a esta eucaristía. En momentos de gratitud, todos podemos orar el Salmo 115, “un sacrificio de acción de gracias hago”. “Levantaré el cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor”.